

CIENCIA, PROGRESO Y ESCEPTICISMO EN MOMENTOS, DE JOSÉ A. LANAUZE ROLÓN

Miguel Á. Náter
Universidad de Puerto Rico

Resumen

Esta investigación pretende rescatar la obra literaria del poeta puertorriqueño José A. Lanauze Rolón. Analiza la crítica al nihilismo del siglo XIX y la búsqueda de una nueva religión que mezcla la fe en la naturaleza y el progreso de la ciencia. El análisis está basado en el escepticismo frente al progreso en la poesía del libro de Lanauze, titulado Momentos; pero, por otro lado, trata la fe en la ciencia en el ensayo final incluido en el libro, titulado "Ensayo sobre la nueva fe o el espíritu moderno".

Palabras clave: *Lanauze Rolón, progreso, ciencia, Momentos, escepticismo*

Abstract

This article intends to rescue the literary work of a Puerto Rican poet José A. Lanauze Rolón. Also, it analyzes the critic of the Nineteenth-Century Nihilism, and the search of a new religion that fuses the faith in nature, and the progress of science. This article also examines the skepticism of progress in the poetry of Lanauze's book Momentos (Moments), yet it also considers the faith in science, particularly the final essay included in the book, "Essay on the New Faith or the Modern Spirit".

Keywords: *Lanauze Rolón, progress, science, Moments, skepticism*

Para Luis Ramírez

José A. Lanauze Rolón es un escritor poco estudiado. Nació el 13 de julio de 1893, en Coamo, y murió en 1951. Estudió en su pueblo natal hasta convertirse en maestro. De allí se trasladó a Washington, donde cursó estudios de otorrinolaringología en la Universidad de Howard. Al regresar a Puerto Rico se instaló en Ponce. Además de ser doctor en Medicina, se desempeñó como político. Fue presidente de la Asamblea Municipal de Ponce en 1948; luego, descorazonado

con la política de Luis Muñoz Marín, pasó a formar parte del Partido Independentista Puertorriqueño; y, además, perteneció al Partido Comunista (Arana Soto 30). Fundó, junto con Joaquín Gil de Lamadrid, la *Revista Gráfica del Sur* (Rivera Bermúdez 74-5). Entre sus libros de lucha política y social se encuentran *El mal de los muchos hijos* (Ponce, 1926), *Por los caminos de la violencia: La idea comunista* (Ponce, 1932), *El fracaso del nuevo tratado* (Ponce, 1935), *¿Por qué soy comunista?* (Imprenta El Día, Ponce, sin fecha), y, entre sus obras creativas, *Momentos* (1916), subtítulo "Poesías y cuentos fantásticos". En este último, se destacan los aspectos del escepticismo, en la poesía, y de lo fantástico en los cuentos breves que se intercalan a lo largo del libro.

No todos los poemas de la obra de Lanauze Rolón son expresión del escepticismo que el prologuista, Tomás Carrión Maduro, exalta como característica principal del libro. Según Carrión Maduro, Lanauze plasma en sus versos un "escepticismo prematuro". El prologuista lo relaciona con la petulancia de la juventud:

Hay en las páginas que siguen el sabor de un escepticismo prematuro que no sé si el poeta ha leído en los libros de su predilección o si es que él mismo temerariamente, por curiosidad juvenil, ha llevado hasta sus labios, con mano suicida, el filtro amargo de la desilusión ambiente (Carrión Maduro VII).

Para Carrión Maduro, el escepticismo representa una cualidad negativa, aunque no implica que Lanauze deje de ser "buen poeta": "Pero escéptico y todo, Lanauze Rolón, como Whitman, es un poeta y un pensador. Sin embargo, su escepticismo, tal vez sea una estación de tránsito en su viaje triunfal de pensador y de poeta" (VII). De este modo, el crítico observa el "escepticismo sombrío" como un punto de partida de la obra del escritor. Ahora bien, el escepticismo no es, necesariamente, un asunto perjudicial para la poesía, y, como se desprende del ensayo que cierra el libro, "Ensayo sobre la nueva fe o el espíritu moderno", con el lema "Aun dentro de la Realidad florece el Ideal", muestra una forma particular de pensamiento que se opone al escepticismo que tanto incomoda a Carrión Maduro. El ensayo se inicia con epígrafes de Diderot, Rousseau y Whitman, en los cuales

se vaticina una nueva religión que sustituya el mal que ha causado el escepticismo y los desajustes espirituales del mundo frente al progreso que ha desarrollado su propio mal:

El mundo contemporáneo siente la angustia de una incertidumbre religiosa como en otros períodos tristes de la historia. La sociedad se detiene estupefacta contemplando su propio mal, o se aturde como un beodo en las maquinaciones del agio y las empresas fabulosas de la industria. La mayor parte, sin embargo, se aturde en el vértigo de una vida agitatísima donde no hay lugar a la meditación y a las necesidades superiores del espíritu. La velocidad lo absorbe todo; y el más profundo escepticismo extiéndese por todas partes: aquí incubando la atonía y el más fatal indiferentismo, allá abonando la dolorosa desesperación del suicidio. Se diría que el planeta está enfermo. La historia se repite, y el eterno problema religioso describe una vez más su interrogación monumental, que parece un obstáculo invencible en la ancha vía del progreso y de la esperanza humana (Lanauze Rolón 183).

En este ensayo, Lanauze Rolón se aleja del escepticismo del yo lírico de la mayoría de los poemas del libro, y se ocupa del tema más apremiante de finales del siglo XIX: el ateísmo, que desemboca en el nihilismo. El gran problema del ser humano contemporáneo, que comienza a desarrollarse en la modernidad filosófica a partir del siglo XVIII, tiene su más alto pensador en Federico Nietzsche, quien lo define como la desestimación de los valores supremos. Bien es cierto que en el campo de la literatura se ha observado el nihilismo como característico de la obra de Fedor Mijailovich Dostoievski, aunque Iván Turgenev es, al parecer, quien comienza a desarrollarlo y popularizarlo en su obra *Padres e hijos* (1862), definiendo el nihilismo como negador de los valores y el orden social existente. No obstante, ya en la misma Rusia, y antes, se había utilizado el término, aunque con otro sentido de la palabra "nihilista": aquel que no sabe nada y nada entiende, o gente que no cree en nada (Volpi 23). Como sucede con casi todo término, hay antecedentes en la escolástica y en la filosofía antigua. No obstante, el hablante del ensayo de Lanauze Rolón asume una crítica abierta a la actitud nihilista que lo inunda todo, y que describe del siguiente modo:

[...] hemos exacerbado todas las dudas milenarias; hemos refundido y amalgamado todas las filosofías; hemos desacreditado todos los sistemas; hemos escudriñado todas las mitologías; hemos negado todos los dioses; hemos sacrificado todos los mesías; hemos condenado todas las iglesias; y, en fin, hemos desmentido todas las doctrinas y utopías; y hoy, con el corazón seco y sin esperanzas, nos esforzamos en vano por avanzar triunfalmente, con ese bagaje de cadáveres, a través del campo estéril de las absolutas negaciones... Todos hacemos esto; unos francamente, otros sigilosamente; unos conscientemente, otros inconscientemente... (184).

Se observa en la argumentación del ensayo la razón del nihilismo en la ausencia de fe en la ley universal que es Dios o la naturaleza, la cual rige el progreso de la humanidad. No obstante, la humanidad se empeña en crear sistemas y doctrinas que se apartan de tal ley, guiada por una "cierta libertad de procedimientos". La pérdida de la fe en la religión antigua, equivalente a la inconsciencia o a la ignorancia de la humanidad, equivale a la ingenuidad, que Friedrich Schiller destacaba en su famoso opúsculo *Acerca de una poesía ingenua y sentimental*. La situación del ser humano del presente era, según Schiller, la del poeta elegíaco o sentimental, quien se lamentaba por la pérdida de la inocencia, o de la ignorancia, en la cual la humanidad se encontraba en la *Aetas aurea* o en la felicidad absoluta. Lo que causa la tristeza es la conciencia del progreso y la lejanía de la felicidad eterna. En el caso del ensayo de Lanauze Rolón, el ser humano se encuentra desamparado ante la ausencia de asideros trascendentales:

Pero hoy no, no responden ya a las necesidades, a las dudas, a las nociones, al estado intelectual y a las viejas ansiedades infinitas de esta doliente Humanidad, que ha visto desplomarse el Firmamento y hundirse el Olimpo, y sólo halla en la soledad de los viejos templos, las tristes, poéticas remembranzas de los siglos muertos.

[...] Los procesos naturales ya perdieron su magia; y el hombre, engreído en su ciencia, encastillándose en sus audaces teorías, pretende explicarse la maravilla de la Creación, como arrancándole todos sus secretos (187).

La pérdida de la fe en las viejas religiones está señalada en el adelanto o el progreso de las ciencias exactas. Este hecho exige, según el hablante de Lanauze Rolón, la búsqueda de una nueva religión que mezcle la fe con la ciencia:

La nueva religión ha de levantarse sobre una noción de la vida humana; y esa noción tiene que surgir, no de la contemplación externa, sino de la contemplación interna en armonía con la ciencia, campo virgen, nuevo mundo, que guarda filones inagotables en las secretas reconditeces del alma humana.

Las religiones todas, que se han inspirado en las *santas* maravillas de la Creación, están consecuentemente llamadas a desfallecer por falta de savia vital y de adaptabilidad. La religión, en el último análisis, está llamada a progresar al compás de las ideas, como todo en la vida de la Humanidad; y progreso significa cambio, evolución, armonía con las nuevas condiciones y las nuevas influencias (188).

En el ensayo de Lanauze Rolón existe una reflexión sobre uno de los grandes temas de la época: el modernismo, no ya literario, sino religioso, que estuvo discutiéndose a principios del siglo XX. Sin embargo, sigue de cerca las tradiciones del sintoísmo japonés, del culto inocente a la naturaleza y a la solidaridad universal de todos los seres. De ahí, propone una religión ideal con nociones esclarecidas por el progreso de la ciencia, lejanas de la religión tradicional:

Creemos firmemente en el progreso de la Humanidad, y creemos firmemente también en la influencia de la Ley inmutable, imparcial y determinante. No reconocemos más autoridad que nuestra conciencia; y, al prosternarnos ante los misterios de nuestro mundo interno, hallamos la expresión de la Ley en la necesidad sentida de mayor Bien, Justicia y Ciencia, para llegar a los linderos de la plena felicidad ideal (189).

Lo que parecía ser una oposición a la ciencia, se ha convertido en una búsqueda de la síntesis entre la fe en la ley interna de la naturaleza y del cosmos, con el conocimiento que la humanidad pueda extraer

de las ciencias y el progreso que este implica. De este modo, Lanauze Rolón impulsa la búsqueda del progreso como parte de la historia humana:

¡Progresar siempre hacia el supremo Bien y la suprema Justicia de la Humanidad que lucha: tal nuestro concepto de la Ley, en ella nuestra fe, y por ella nuestra felicidad!

¡Ciencia y libertad! ¡Luz, luz, más luz en las conciencias; y la nueva fe, el espíritu moderno, que hoy inspira el pensamiento y las conciencias libre, sobre este mísero planeta, el reinado de la paz y la confraternidad humana, obra el sentimiento de la solidaridad universal germinando en las almas (191)!

La poesía que Lanauze Rolón incluye en su libro tiene varios momentos, entre los que se destaca la que se posiciona frente al progreso, el adelanto científico, el pesimismo y el escepticismo. Como en el ensayo final, en el que se observa la búsqueda de unir la fe con la ciencia, en “Mi verso” se presenta al yo lírico como el cantor del cosmopolitismo, la ciencia y el progreso. Existe una conciencia clara de oposición al patriotismo y al provincianismo. La oposición al Romanticismo y al canto de la naturaleza de Puerto Rico está modulada como una búsqueda de lo universal, y cabe recordar que se desarrolla en un momento en el cual se debate la búsqueda de lo criollo en las obras de José de Diego, Luis Llorens Torres y Virgilio Dávila, frente a la tendencia evasionista del modernismo:

No busquéis con las galas del lirismo,
al raquíptico y viejo patriotismo
en el apostolado de mi verso.
¡Tanto creo en el *cosmopolitismo*,
que mi patria la forma el Universo!... (3)

El yo lírico se presenta como el cantor de los misterios de la ciencia y las pasiones que desencadena el progreso en el espíritu de la humanidad. Su mirada se acerca a la del narrador naturalista, cerca, también, del poeta como lo proponía Charles Baudelaire en “El albatros”, capaz de elevarse al *Idéal* y de sumirse en el *Spleen*:

Quiero ser el cantor de las pasiones
que ardiendo en misteriosas combustiones,
abrasan, ¡ay!, el corazón humano;
sondar vicios, virtudes, ambiciones,
la fe sufrida y el suicidio insano.

Sí, otros canten los dones de natura
por siempre bella, deslumbrante y pura,
transformando inocente la materia;
mientras mi numen sorprender procura
al *hombre* y sus secretos y miseria.

Quiero ser el cantor del sentimiento,
del poder sin igual del pensamiento...
y la ignorancia, que lo enferma todo;
con el sabio elevarme al firmamento,
y con los necios revolcarme en lodo.

.....

Quiero ser el cantor de la experiencia,
de la sana razón, y de la ciencia,
y de lo arcano y su vapor espeso;
sentir el atavismo en su impotencia,
y gozar los delirios del progreso. (3-4)

Sin embargo, el cantor del progreso y la dualidad en la cual se desarrolla la humanidad entre lo arcano y el materialismo, no produce una poesía que exalte las virtudes del ser humano, sino todo lo contrario. Está consciente de la falta de fe, tanto en lo religioso como en el adelanto tecnológico, y del sufrimiento de la humanidad frente a la guerra mundial que aflige el planeta. La visión del siglo XX no es siempre negativa. En "La canción del siglo", el yo lírico escucha desde su interioridad una canción de esperanza, paz y porvenir positivo:

En el denso silencio de una noche dormida
surgiendo de mí mismo me vino a despertar

una canción cantada en lengua nunca oída
como voz misteriosa de los golfos del mar.

La canción era fuerte, fuerte como la vida
de esta vieja y doliente y pobre Humanidad:
cada acento un dolor, cada verso una herida,
cada estrofa un combate por la Fraternidad.

Yo conservo un recuerdo de aquella canción fuerte:
su coro resonante, como un reto a la muerte,
cantaba el porvenir con su tono tenaz,

“Yo soy el Siglo XX, mi sino no me aterra:
los muertos de sus tumbas, aun gritan ¡¡Guerra, guerra!!,
mas yo, que soy la Vida, proclamaré la Paz...” (132)

Sin embargo, en el poema titulado “Profesión de fe” se percibe el escepticismo. La fe del “poeta” se va reduciendo a una esperanza poética que se sabe ilusa, condenada al anhelo y al ideal:

¿No es lo malo una forma de lo bueno?...
Odios y amores, dudas y falsías,
cruz y puñal, virtud y apostasía...
¡Todo está oscuro y de secretos lleno!...

Lo mismo los reptiles en el cieno
que el Rey de la Creación en rebeldía,
los seres todos el Misterio guía
con el gesto más dulce y más sereno...

¡Oh gesto santo de bondad sublime,
tan solo te columbran los profetas
cuando lanzan el canto que redime...!

Y, ¡oh Misterio, al sentirte los poetas
más fe tenemos en lo que soñamos
que en todo cuanto vemos y palpamos...! (7)

La definición de la vida humana en el poema titulado “La eterna historia” no está muy lejos de la dualidad que se presenta en el soneto anterior. El ser humano está condenado a la Rueda de la Fortuna, al destino caprichoso. Sin embargo, existe en él una fuerza misteriosa que lo impele a proseguir su camino, definido como un eterno combate:

Llevado por el rauda torbellino.
 ¿Quién no halló en su camino
 la fresca brisa con la atroz tormenta?
 ¿Qué alma templada que el dolor no abate
 no lleva larga cuenta
 de recuerdos aciagos del combate? (14)

La preocupación del yo lírico es la existencia humana entendida como una tragedia en la cual se mezclan los contrarios. La existencia está signada por la intervención del hado, perdido en un camino o una travesía de continua lucha contra fuerzas desconocidas:

¡Ay, todos guardan en el alma escrita,
 cual cara flor marchita,
 esa historia de tristes y dichosos
 episodios que llenan la existencia...
 Idilios primorosos
 y pasos de dolor en la experiencia!

¡Tal es la vida humana!... levadura
 de gozo y amargura
 que amasan los placeres y dolores;
 unas veces serena mar tranquila,
 y luego, mar de horrores
 que al náufrago atormenta y aniquila...

Y el Rey de la Creación es un juguete
 que la suerte somete
 de la fortuna a fallos caprichosos,
 que, espejismos alzando en su camino
 y brazos alevosos,
 tejen la red de su fatal destino...

Mas, en las turbias olas del Mar Vida
por la ruta emprendida,
tiene el hombre una fuerza prodigiosa
que a través de la suerte se abre paso...
¡La voluntad airosa
su rumbo corta con rebelde brazo! (14-5)

La ciencia es una de las formas de sobreponerse a la vida definida como un mar de contingencias. Tal es la propuesta que se ofrece en el soneto titulado “La ciencia”. Contra el destino que lo ha sumido en el misterio, el ser humano descubre en la ciencia una forma de arrojo prometeico. Tal como el titán soberbio se opone a la voluntad olímpica de Zeus, el “Hombre” surge de la oscuridad de la ignorancia con la luz del conocimiento:

Con un gesto soberbio y soberano
y como el sol eterno del futuro,
surgió el portento al sin igual conjuro
del primer grito del dolor humano.

Herido el Hombre, levantó la mano
contra el destino impenetrable y duro,
y al encontrarse en un abismo oscuro
dando en la roca y repitiendo en vano;

rebelde en su pasión, meditabundo,
ahondando con valor su propia herida,
bajó a la entraña del dolor profundo...

Allí la *Ciencia* descubrió en seguida,
y al volver a la roca de la vida
¡pudo alumbrar el Universo Mundo! (17)

Entre los textos de Lanauze Rolón, “Jordano Bruno” es el que mejor destaca la ciencia frente a la Iglesia. La negación del científico a retractarse es prácticamente la consigna del libre pensamiento:

Sin patria, sin hogar, triste y errante,
huyendo vaga el venerable anciano;

ya le persigue con su *dios* tirano,
 ensañada la iglesia dominante.

¿Por qué le asedian?... ¡ah!... dice el tunante
 que es un iluso quien creyera plano
 al mundo que, cual giratorio grano,
 es del cielo un humilde caminante...

Le alcanza el fanatismo y su violencia
 y al *Santo Oficio* de infernal tormento
 arrastran al apóstol de la ciencia...

“¡Retrátate!” —le dicen; y al momento—
 “¡No!”— gritando la voz de su conciencia...,
 queman al redentor del pensamiento. (107)

Sin embargo, se expresa en el libro la contrapartida de esta actitud en el soneto titulado “El infierno”, fundamentado en el escepticismo ante la vida. El ser humano no puede alcanzar el conocimiento absoluto; aun cuando vuela hacia sí mismo, hacia su propia conciencia, se percata de su impotencia. De ahí, los epígrafes de Johan Wolfgang Goethe y Anaximandro, que revelan la imposibilidad de conocer, gracias a la limitación de los sentidos, la debilidad del entendimiento y la brevedad de la vida. Siguiendo la máxima que Dante coloca a la entrada del *Infierno*, no hay esperanzas para quien conoce que su propia alma o su propia conciencia es el infierno:

Dejad Toda Esperanza —leyó el Dante
 vislumbrando a Caronte en lontananza;
 ¡ay, yo he visto el DEJAD TODA ESPERANZA
 en las alas del alma delirante!...

Ilusión, espejismo deslumbrante,
 es ese Infierno do la *gloria* alcanza,
 colocando por ley una balanza
 que esconde al odio y la opinión triunfante.

¡Perdón, Divino Vate!... el Gran Infierno
lo lleva el alma cual dormido encanto
en los pliegues cerrados de sus vuelos;

si tiende el ala por el mundo interno,
contempla el alma con dolor y espanto
¡la infinita ansiedad de sus anhelos!... (18)

Ante tal desilusión, el alma se entristece y el yo lírico queda desolado como el yo del poema titulado “Los heraldos negros”, de César Vallejo. El “yo no sé” que expresa la desorientación del sujeto, la orfandad ante la existencia y el hastío, se reitera a lo largo del poema titulado “Confidencia triste”, dirigido a la madre, que escucha silenciosa las lamentaciones de este nuevo Jeremías del automatismo moderno:

¡Madre mía, necesito consuelo!
Yo no sé si es la falta de fe,
si es hastío, cansancio o desvelo...
Yo no sé... yo no sé...

Si es desprecio o es odio a la vida,
o a este mundo social do se ve
tanto mal, tanto horror, tanta herida...
Yo no sé... yo no sé...

Madre mí, es que llevo en mí mismo
algo, sí, que no puedo vencer;
yo no sé si es letal pesimismo...
Yo no sé... yo no sé...

Entregado al trabajo del día
yo me siento un autómatas fiel;
y solo hallo en la tregua sombría...
la ansiedad, el hastío... *el no sé*. (23)

El pesimismo frente al tedio es parte de la preocupación más apremiante del ser humano: su propia existencia. Para Lars Svendsen,

el tedio es característico de la Modernidad, aunque tenga sus excepciones desde la Antigüedad. Observa cómo los personajes de *Memorias del subsuelo*, de Fedor Mijailovich Dostoievski, afirman que todo tuvo su origen en el aburrimiento, actitud que parece afiliarse a los planteamientos de Arturo Schopenhauer, expuestos en *La sabiduría de la vida*. Como el tedio es lo que el ser humano debe evitar, define por negación el contenido existencial. Ese tedio, junto con el nihilismo, converge en la muerte de Dios que, desde la *Carta a Fichte* (1799), de F. H. Jacobi, comienza a irrumpir como motor de la apoteosis del ser humano en divinidad de su propio mundo, cerca del superhombre que propone Federico Nietzsche: “Una de las principales observaciones de Jacobi en esta carta abierta es su afirmación de que el hombre ha elegido entre Dios y la nada y, al decantarse por la nada, el hombre se convierte a sí mismo en un dios” (Svendsen 41). Sin embargo, el tedio, según Svendsen, parece surgir cuando el ser humano, condenado a ser el centro de gravedad del sentido de su existencia, no ha sido capaz de interpretar ese papel más que en escasa medida. De este modo, para Svendsen, el tedio es cuestión de “sentido”: “[...] el tedio existencial responde [...] a la vacuidad del espíritu, como si el mundo estuviese en punto muerto” (51). A su vez, el tedio es un estado de pobreza de vivencias e impulsa la búsqueda del yo problemático, que se extiende desde el Romanticismo hasta el existencialismo. La existencia adviene la única condición necesaria del individuo. Para Svendsen, el Romanticismo es ya existencialismo, y este es un Romanticismo incorregible. Este hecho se debió a la “muerte de Dios”, a que el sujeto no funciona ya en primera instancia como siervo de nada ni de nadie, sino como un ser que quiere realizarse y alcanzar su felicidad: “El yo romántico se convierte así en el yo existencial, un yo que no abriga la menor confianza en la existencia de un sentido fuera de sí mismo. De este modo, no existe tampoco sentido alguno distinto del producido por el propio yo” (87).

En relación con la obra de Lanauze Rolón, el vínculo con el pesimismo de Arturo Schopenhauer y con la “muerte de Dios” en la filosofía de Federico Nietzsche no es fortuito. El soneto titulado “La mueca de Federico Nietzsche” es muestra de la afinidad que tiene el

yo lírico de Lanauze Rolón por el superhombre. Ya no se trata de la “muerte de Dios”, sino de un dios suicida que oficia en la guarida de todos los farsantes (104). No obstante, Lanauze Rolón crea, a su vez, poemas en los cuales el yo lírico se opone a la visión apocalíptica del pesimismo. En el poema titulado “¡Oh negro Pesimismo!”, se apostrofa al creador de la impotencia humana, reduciéndolo a la nada frente al Pensamiento que se remonta hacia el *Idéal*. Este optimismo romántico contrasta con el pesimismo que parece reinar alrededor del yo lírico:

¡Pesimismo, Pesimismo,
no eres nada!
cuando libre el Pensamiento se remonta por el éter de la idea,
y traspasa
ese límite que encierra la *unidad* de cada ser,
y así alcanza
ver su vida el individuo del presente
en los hechos y las glorias y las dichas del mañana...

¡Pesimismo, Pesimismo,
no eres nada!
cuando hiende las alturas el Amor,
y en sus vuelos, como un ave luminosa de ígneas alas,
va dejando en espirales una estela de luz pura
que ilumina los abismos y las cumbres y las fuerzas misteriosas del
inmenso panorama...(25)

Si el escepticismo, el pesimismo, el nihilismo y el ateísmo logran arraigar en la mentalidad de finales del siglo XIX en las modulaciones del Romanticismo, el simbolismo y el decadentismo que se reiteran en el modernismo, sobre todo, en relación con las nociones del más allá, de la vida después de la muerte y de la búsqueda de lo Absoluto; en el poema titulado “El más allá”, Lanauze Rolón parece oponerse al discurso de la ciencia y a la duda frente a la desolación de la nada. El texto comienza por exponer la pugna entre el espiritualismo y el materialismo, entre la superstición y la Ciencia. El yo lírico parece reclamar el más allá frente a la nada que ha implantado el pensamiento científico:

¡Verdad el *más allá*...!, ¡verdad la Vida!
 ¡La duda del viril materialismo
 al fin cayó, ay, vencida,
 por la intuición del viejo simbolismo!

La Experiencia, la fatal Experiencia,
 empujó los temores de la Ciencia
 al antro de la tumba,
 para mostrarle con mirar inquieto,
 ante un mundo falaz que se derrumba,
 la Muerte acribillando un esqueleto;
 y allí en lo oscuro del macabro ambiente,
 el polvo vegetando eternamente...
 “¡Gusanos! —exclamó la Ciencia airada—,
 de ahí para allá, no hay nada,
 ¡*Mentira el más allá, mentira el alma*...!”

Después, silencio de mentida calma...
 La sorda negación en rebeldía,
 y un día y otro día
 la duda y la ansiedad minando el alma...(73)

Esta postura responde a la búsqueda de superación del escepticismo que mina el alma del ser humano contemporáneo frente a la desolación de la nada. Los versos de Lanauze Rolón dan la sensación del eterno pugilato de la existencia y la nostalgia persistente de una vida eterna. Al parecer, la Ciencia trunca la belleza de los simbolismos religiosos y, con ellos, la alegría del vivir, mientras la conciencia se niega a la muerte de los asideros trascendentales frente a la consigna nietzscheana “Dios ha muerto” y frente al materialismo:

Nostalgias infinitas,
 profundas, muy profundas,
 cual flores mustias al nacer marchitas,
 inspiraron las vidas vagabundas
 de un mundo triste que al luchar veía
 solo la meta de una tumba fría...

¡Oh tumba, tumba fría!
La falange caía
con un mundo de dudas en la entraña;
el corazón humano
henchido todo de ansiedad extraña,
sepultaba sus penas en lo Arcano...

Mas, ¡oh dolor!... la fatal Experiencia
vuelve a empujar la Ciencia
al antro de la tumba...
Siente un escalofrío la Conciencia...
Una voz ininteligible zumba
como venida de un país remoto,
voz de un país secreto,
velado por lo ignoto,
que infunde horror, admiración, respeto...(73-74)

Finalmente, el yo lírico se resuelve por comprender lo ilusorio del verso inicial, reduciéndolo al anhelo de la conciencia por los asideros trascendentales de aquellos que siguen las viejas supersticiones amparadas en la existencia del más allá:

Aquilata la Ciencia
ese eco de lejanas vibraciones;
y, apartando valiente y convencida
viejas supersticiones,
siente como este grito en la Conciencia:
¡Verdad el más allá!... ¡Verdad la Vida!...

¡Pobres almas ahítas
de la inmensa nostalgia del vivir...
También en más allá... sufrir, sufrir,
las viejas ansiedades infinitas...! (74)

Algunos poemas de Lanauze Rolón están cerca de la pugna filosófica que se desarrolló entre Bertrand Russell y John Burdon

Sanderson Haldane, la cual era parte de las ideologías en pugna hacia finales del siglo XIX y principios del siglo XX. En *Dédalus, or Science and Future* (1923), tomando como símbolo de la tecnología a Dédalo, el mitológico arquitecto creador del Laberinto de Minos, Haldane se revelaba como un optimista en relación con el progreso que acarrearían las ciencias para el ser humano. Russell se declara abiertamente contra Haldane y publica, en 1924, su respuesta en *Ícaro o el futuro de la ciencia*. La imprudencia del hijo de Dédalo lleva, según Russell, al fracaso del invento que permitía escapar del laberinto. Las alas de cera habrían sido útiles si Ícaro las hubiese utilizado como su padre le había enseñado. Este mito sirve a Russell para advertir la posibilidad de que las ciencias y el progreso lleven al ser humano hacia su propio exterminio.

En el poema titulado "Vibraciones", la duda, la falta de fe y la desesperanza son los resultados de un pensamiento atravesado por el progreso y el adelanto de la ciencia que ha causado la desolación de la guerra. El siglo XX se metamorfosea, a veces, en momento de incertidumbre, disonancia y desconcierto, todos surgidos del librepensamiento:

Vibra el libre pensamiento
agitándose en sonidos que se apoderan del viento;
y, con rauda ligereza,
en el ambiente,
así va expresando su secreto sentimiento
este siglo de gigantes ansiedades y pasiones,
con el bronco desconcierto de inacordes vibraciones...

¡Oh los seres de este siglo y de este mundo!
En sus pobres corazones
se oye como un grito cavernoso... ¡muy profundo!
Como el ¡ay! sordo de las desolaciones... (78)

La inestabilidad del pensamiento, la filosofía, la ciencia y la verdad son las derivaciones de la Historia en el recientemente iniciado siglo XX. Resulta curiosa esta preocupación universal en el Puerto Rico

de entonces, aquejado por los sacudimientos políticos de la Guerra Hispanoamericana, el Tratado de París, la invasión estadounidense y sus consecuentes amenazas idiosincrásicas para cierto sector intelectual de la Isla:

¡Oíd los gritos de este Siglo
en su bronco desconcierto de inacordes vibraciones!
¡Oíd las voces misteriosas del ambiente!...
Siglo veinte!...
No sintió jamás la Historia sus sacudimientos...
¡Siglo de los resurgimientos!
¡Siglo de las revoluciones! (79)

La actitud del yo lírico no es la del cantor que celebra al siglo o al progreso, sino que expresa alguna nostalgia por el Romanticismo, por el anhelo de trascendencia, por la búsqueda de lo absoluto. Este es el caso del texto titulado "De lo alto", en el cual se privilegia al vidente, poeta-filósofo o pensador, quien puede leer el gran libro de la naturaleza y se levanta para llamar la atención sobre el nuevo curso de la historia. En el poema, se puede observar la distancia entre lo alto y lo bajo, entre el espacio privilegiado del poeta-pensador y el espacio degradado donde se halla la vida de la humanidad:

Desde la altura donde lejos vive
de esta planicie en que los otros hombres
se empujan en tremenda batahola,
su vista lanza el pensador-poeta,
gran hombre-sol que con sus rayos baja
hasta el fondo profundo de la vida;
y ve y comprende el corazón del pueblo
en el vivo oleaje de las luchas,
vaivén continuo de encontradas fuerzas. (83)

La mirada del vidente es, sin lugar a dudas, una forma de establecer la distancia del ser humano que vacila entre la certeza de la ciencia y la duda del escepticismo; es una mirada escrutadora de las causas que impulsan la ambivalencia en la cual se encuentra el ser

humano del siglo XX. El yo lírico opone la luz del espacio del poeta a la oscuridad de las miserias y los vicios del mundo:

El vidente

que con sus luces desde el alto espacio
sorprende así los íntimos secretos
del arca misteriosa donde oculta
el mundo la miseria de sus vicios
y el tesoro real de sus grandezas;
ser inspirado de mirar de fuego,
logra en su noble e indecible magia
el libro descifrar donde la vida
va marcando con curvas caprichosas
el curso itinerario de los siglos
al ímpetu fatal de las ideas...

Desde su altura contemplando el mundo,
el hombre sol, el pensador poeta,
apostrofa con frase entusiasmada
a este Siglo ciclópeo de portento:
¡Siglo Veinte, precoz, vertiginoso,
que tanto sabes pero tanto dudas,
que tanto puedes pero tanto sufres,
alza tu frente para el triunfo ungida [...] (83-4)

No obstante, hay una especie de esperanza en el yo lírico cuando resalta el discurso de arenga del poeta hacia el siglo XX opuesto a la bestia apocalíptica de la duda y la miseria que ha esparcido la guerra. La última consigna del poeta es la búsqueda de la idea asumida como forma de evadir la miseria y el nihilismo:

¿Ves cual monta en sus lomos, millonarios,
y atormenta en sus garras, pordioseros,
y se cruza terrible en tu camino,
sin que minore su nefanda furia
el hartazgo de presas incontables...?

¡Ah, esa maldita y asquerosa bestia
envenena con lágrimas tu vida
y mancha con tragedias tu alta historia!

¡Adelante, adelante, Siglo Veinte,
contra ese monstruo de horrorosas fauces;
que siempre has de batirle palmo a palmo
mientras exorne tu blasón la idea... (84)

Ahora bien, no es esta la única forma en que los textos de Lanauze Rolón se acercan al tema del siglo XX. En el texto titulado "Íntima", es todo lo contrario. El siglo XX se opone al ideal romántico del anhelo de lo infinito. Hay una conciencia clara de la ironía romántica, es decir, la risa ante la imposibilidad cierta de lo anhelado. El ideal romántico es tan ilusorio como el dragón mítico que lo guarda como un tesoro inalcanzable:

¡Oh dorado ensueño
de amoroso idilio!
¿Por qué te obstinas, Corazón romántico,
en tu anhelo infinito?
¿No ves que el bien que adoras ciegamente
lo guarda el dragón mítico
que con su orgullo innoble
engendraron los siglos? (101)

A estas preguntas, el Corazón responde con la vieja consigna romántica de la naturaleza que representa el reflejo de los sentimientos del sujeto. Las ondas del mar, la brisa en el jardín florecido, son reflejos del ideal de los amantes que se obstinan en su idilio alienante:

Pregúntale a las ondas
por qué entonan su canto peregrino
a la empinada roca;
a la brisa pregunta
por qué lanza al pasar su flébil nota
en el jardín florido;

Pregunta a... ¡no!
 No preguntes,
 ¿a qué...?
 Así en la Naturaleza los amantes
 se adoran en silencio sin saber... (101)

El diálogo del yo lírico con el Corazón expone la pugna entre el ideal y el utilitarismo materialista. La resolución final del texto será la resignación del Corazón, como un ave prisionera, que no puede más que lamentarse en silencio por la pérdida de la fe en el idealismo romántico:

¡Calla, calla,
 oh humilde Corazón romántico!
 Que oír no pueda el mundo tu lenguaje
 porque el mundo es muy práctico...
 ¿Qué vale, ay, tu ideal purísimo
 y tu cielo de encantos!
 Di, ¿qué vale tu amor único,
 tu sentimiento alado,
 si el mundo los desprecia y sólo anhela
 algo... algo que Tú no tienes... algo... *algo*...?

—Así le dije al Corazón romántico,
 mi triste Corazón perdió la calma;
 y mirando las cosas de este mundo,
 plegó las alas...
 y derramó por el dorado ensueño
 la perla de una lágrima... (102)

El materialismo y el utilitarismo, junto con la preocupación por el progreso de la ciencia como se observa en las pugnas filosóficas de Russell y Haldane, producen la desolación que expresa el yo lírico del texto titulado "Mas... ¿do va?". Esa desolación se debe a la inseguridad y falta de asideros trascendentales. La humanidad se compara con un viajero que va dando tumbos por el camino. La incertidumbre está ligada a la imposibilidad de alcanzar la Verdad y de captar la realidad:

Dando tumbos
por las sendas bifurcadas de la vida
va la ciega y delirante Humanidad;
dando tumbos y más tumbos porque ignora
la Verdad.

Dando tumbos
van los chicos y los grandes
ignorando su ignorante necesidad,
y afanosamente siguen un fantasma
nada más...

Dando tumbos
vamos todos entre esfinges impasibles
que nos *hablan* sin hablar;
nos esconde su lenguaje misterioso
la absoluta, la indecible realidad...
Y así vamos dando tumbos y más tumbos sin ver nunca
La Verdad...

No te afanes, no te agites,
con la ciega y delirante Humanidad;
dando tumbos y más tumbos desespera,
mas... ¿do va...? (103)

Esta visión de la Humanidad lleva al hablante lírico hacia la misantropía. De ahí, que haya momentos en estos versos en los cuales hay fe en el siglo XX, pero hay otros en los cuales se observa con cinismo. En el poema titulado "Misantropía", vuelve a aparecer el tema de la enfermedad, del envenenamiento del espíritu en la vida moderna, ahíta de vacuidad. Siguiendo el verso de Antonio Pérez-Pierret, "Gentes desorbitadas caídas de otros mundos", que sirve como epígrafe, el yo lírico se percibe como un inadaptado:

Siento como el veneno del indiferentismo,
estoy borracho y torpe con negra pesadumbre;

mi espíritu es absorbe en lúgubre quietismo
y ve pasar las gentes cual loca muchedumbre...

¡Los nervios, ah, los nervios!... Lucho conmigo mismo
como quien ya se ha hecho del triunfo una costumbre,
y, yendo contra el virus del propio nerviosismo,
pongo la vida toda bajo mi servidumbre.

Ni ambición ni trabajo ni ensueños ni placeres,
ni el néctar del amor que brindan las mujeres,
¡ay, todo se me antoja falaz, oscuro, yerto!...

Mudo así el Universo y la vida vacía,
las gentes son visiones en fantasmagoría
que vienen a burlarse se mí... *¡ya medio muerto!* (137)

La misantropía del hablante lírico se refugiará en el alcohol ante la miseria de la guerra y del mundo ominoso que se opone al mundo ideal. No solo huye de los otros, sino que huye de sí mismo, como se observa en el texto titulado "Embrollos". La ebriedad y la demencia son preferibles al enfrentamiento con la realidad de la existencia:

¡Oh el gran Dolor de *vivir y vivir*
Sin hallar la razón de *nacer y morir!*
¡Oh la eterna nostalgia, la infinita tristeza
de sentirse uno aislado en la Naturaleza [...]
¡Oh contraste, contraste, contraste doloroso
entre el *mundo ideal* y este mundo ominoso!
¡Oh qué enorme distancia!
Entre las almas todas, celos e ignorancia;
sembrando muerte y odio el monstruo de la Guerra. (150-1)

Esta consciencia de la imposibilidad de alcanzar el ideal romántico lleva al yo lírico a preferir la nada, refugiándose en la abulia característica del nihilista:

¿Para qué batallar, para qué, para qué,
si todo está igual como quiera que esté...?

¿Para qué ir tras la gloria y la felicidad,
si es que todo es mentira, si es que todo es verdad...?
Todos atropelladamente marchamos
sin saber —¡ciegos!— *de dónde ni a donde es que vamos...*
¡Oh dolor, oh dolor,
el no ser es mejor! (151)

Hay aquí evidentemente reminiscencias de los versos de Rubén Darío, pertenecientes al poema titulado “Lo fatal”. El poeta está consciente del diálogo de textos al colocar en *itálicas* la frase que refiere la incertidumbre de la existencia entre una nada y una escatología desconocidas. Lo único que queda como cierto en la existencia es la conciencia del paso del tiempo y el anhelo de infinitud. La muerte se percibe como el momento crucial que corona la vida y que lleva al sujeto hacia lo fatal, es decir, hacia la incertidumbre. El soneto titulado “El entierro” cierra el ciclo de esta poesía de Lanauze Rolón que desarrolla el escepticismo frente al progreso y los adelantos de la ciencia. En él se declara la miseria humana ante la eternidad:

El paso detened y descubríos
los escépticos, frívolos, creyentes;
a un tiempo, todos, humillad las frentes:
¡pasan el luto y el adiós sombríos!

Vosotros los rebeldes, los impíos,
que de prisa pasáis indiferentes,
no olvidéis, no olvidéis, irreverentes
que ahí va la Muerte con sus brazos fríos...

Venid, sigamos los despojos yertos,
y en la vida murada de los muertos
contemplemos su Augusta Majestad...

¡Oh abismo el de las tumbas expedito!
Da vértigo la obscura Eternidad,
y un dolor de miseria lo Infinito...(153)

José A. Lanauze Rolón, como hemos visto, es un poeta que se siente atraído por el progreso que implica el siglo XX, cerca de la visión que propugnaron, sobre todo, Guillaume Apollinaire y Walt Whitman. Sin embargo, se encuentra indeciso entre la alabanza sonora y la duda o el escepticismo, sobre todo, cuando la Primera Guerra Mundial, que se encuentra desarrollándose en el momento en que escribe su libro, se relaciona con los adelantos tecnológicos. Por un lado, declara su aprecio por la ciencia; por otro, todavía se aferra a la nostalgia romántica por los asideros trascendentales, por la eternidad y lo absoluto. De este modo, sus poemas descubren esa otra incertidumbre, la del ser humano frente a sí mismo, frente a sus creaciones, que en Puerto Rico se vio opacada por la incertidumbre del cambio de gobierno entre España y Estados Unidos. Aunque no todos los momentos del libro de Lanauze Rolón son de la misma calidad literaria, los que hemos resaltado bastan para que *Momentos* sea un libro que nos invite a reflexionar acerca de la irrupción del siglo XX, el progreso de la ciencia y sus repercusiones en la sensibilidad del ser humano y su conciencia existencial.

Bibliografía

- Arana Soto, Salvador. "Otros dos médicos literatos". *El Mundo* 21 de marzo 1959: 30.
- Carrión Maduro, Tomás. "Prólogo". *Momentos (Poesía y cuentos fantásticos)*. Ponce: Tipografía El Águila, 1916.
- Lanauze Rolón, José. *Momentos (Poesía y cuentos fantásticos)*. Ponce: Tipografía El Águila, 1916.
- Rivera Bermúdez, Ramón. "Biografías". *Boletín de la Academia de Artes y Ciencias de Puerto Rico*. Tomo II. 1-2 (enero-junio 1976): 74-5.
- Russell, Bertrand. *Ícaro o el futuro de la ciencia*. Trad. Juan Nuño. Caracas: Monte Ávila Editores, 1987.
- Svendsen, Lars. *Filosofía del tedio*. Trad. Carmen Montes Cano. Barcelona: Tusquets, 2006.
- Volpi, Franco. *El nihilismo*. Trad. Cristina I. del Rosso y Alejandro G. Vigo. Santiago de Chile: Editorial Biblios, 2005.